

letterario, segnala gli aspetti più salienti del medesimo nel loro vivo rapporto con tali condizioni. Seguendo la stessa impostazione, ogni autore preso in considerazione è corredato da una scheda orientativa che ne riassume la figura e le opere e offre delle utili indicazioni per una lettura non sprovvista delle pagine tratte a rappresentarlo.

Quanto alla scelta antologica, è superfluo osservare che ogni elezione, per quanto oggettiva voglia dichiararsi, è sempre basata su un metodo e su un criterio personale: in questo caso, ci pare che la compilatrice abbia tenuto in gran conto la destinazione scolastica del volume e di conseguenza abbia cercato di condurre un discorso e presentare una scelta che documentassero le linee di fondo della produzione letteraria italiana, concedendo tutto lo spazio possibile ai grandi autori e ai loro capolavori ed eliminando molti nomi e indirizzi destinati a rimanere, per la necessità di contenere l'antologia entro misure ragionevoli, meri nomi. Un'operazione di sfolgimento (o, se si vuole, di sfolamento) che non mancherà di suscitare riserve: per intanto, noi ci permettiamo di suggerire, in vista di una eventuale ristampa, una progressiva dilatazione e articolazione del panorama del 900, al fine di rispondere agli interessi più spiccati dei giovani — principali destinatari del testo — per la cultura del mondo moderno.

Come qualità positive, ci sembra doveroso sottolineare l'avvedutezza dimostrata nel preferire pagine che, oltre ad avere un senso compiuto pur se tratte da opere estese, offrono un saggio esauriente delle qualità di scrittura di ogni autore e l'opportunità delle annotazioni a pie' di pagina, di misura essenziale, ma utili a chiarire le difficoltà testuali e a esemplificare i motivi illustrati nella premessa al brano riportato. Così facendo, la compilatrice ha evitato a la discutibile abitudine di appesantire i testi con puntigliosi commenti, sia la non meno discutibile moda recente che li propone senza alcuna indicazione esplicativa, per tema di frapporre ostacoli al libero dibattito critico degli alunni.

Meritevole di menzione è, inoltre, la bibliografia essenziale posta in appendice che propone una serie di testi basilari per procedere all'approfondimento degli scrittori presentati nel volume.

Nata da un'esperienza didattica viva e ripetutamente controllata, l'antologia riesce dunque a soddisfare tanto le esigenze degli studenti che si accingono allo studio della letteratura italiana — costituendo un agevole approccio alla produzione testuale — quanto di coloro che desiderano conoscere in breve gli atteggiamenti fondamentali di questa civiltà letteraria attraverso la lettura viva dei suoi autori.

DIANELLA GAMBINI

SALAZAR RINCÓN, Javier: *El mundo social del «Quijote»*. Madrid, Gredos, 1986, 336 pp.

El libro que nos ocupa pretende «comprender la novela de Cervantes desde la sociedad en que surgió». Para alcanzar esa comprensión, el autor organiza su texto en dos grandes núcleos: el primero, que abarca tres capítulos, se centra en el análisis de los estamentos sociales reflejados en *El Quijote*; el segundo — dos capítulos — se dedica al estudio de la ideología que permite la existencia de dichos estamentos en el seno de una sociedad en crisis.

El primer conjunto de capítulos al que acabamos de referirnos considera la dinámica social en los siglos XVI-XVII con el siguiente método de trabajo:

- presentación de la coyuntura económica que justifica un *status* social dado;
- caracterización de los usos y costumbres (hábitos alimenticios, moda, protocolos...) de ese *status*;
- fundamentos ético-filosóficos que subyacen a dicha coyuntura y explican tales costumbres.

La exposición teórica se base en estudios historiográficos de gran relevancia (Dominguez Ortiz, Elliott, Caro Baroja, etc.) y está documentada con textos literarios —de Cervantes y otros autores contemporáneos— y no literarios.

De esta forma, Javier Salazar nos lleva hacia una lectura del *Quijote*, en la que Alonso Quijano se hace caballero y adopta el «don», contra una norma social que hace del caballero un hombre rico. Las causas sociológicas que impulsan al hidalgo a semejante actitud tienen su raíz en la depauperación, tanto económica como política, de la clase hidalga. A ello hay que sumar la importancia —y la incidencia— de conceptos claves en la época: el linaje, la honra —que se pierde con el trabajo—, la diferenciación estamentaria basada en el grado de ostentación, etc.

Se nos dibuja entonces a un hidalgo manchego, condenado a un ocio perpetuo —por linaje— y carente de todo aliciente —por imperativos económicos—, que ve como solución a su vida y a su pobreza armarse caballero.

Advierte J. Salazar que el empeño de Alonso Quijano no es un despropósito: «Es cierto que D. Quijote no puede ser caballero, porque es pobre, ni valiente y esforzado, porque está agobiado por los años y la enfermedad, pero eso no quita legitimidad y verosimilitud a sus propósitos que son, en esencia, idénticos a los que empujan a tantos hombres de su misma condición a dedicarse al 'honroso y digno ejercicio de la guerra'.»

El desajuste entre la concepción del hombre y las relaciones sociales, que nuestro hidalgo sustenta, y los criterios de tipo moderno con que la sociedad empieza a regirse es sólo aparente, porque coincide con el movimiento de consolidación que el poder nobiliario impulsa contra el Estado centralista, y que da fuerza a un proceso de vigorización de valores y doctrinas arcaicos, en donde cobra un significado especial el auge de las novelas de caballerías.

El deseo de ascenso social es una constante en la conducta de don Quijote: de hidalgo a caballero, de caballero a emperador. Don Quijote se convierte, de hecho, en un ejemplo vivo de la obsesión nobiliaria que persiguió a sus contemporáneos. Esta es también la causa por la que Sancho sigue a su amo: de labriego pasa a ser escudero —rango nobiliario—, con la promesa de ser gobernador.

Los móviles de caballero y escudero no son, sin embargo, los mismos. Salazar Rincón matiza que don Quijote busca la fama y la honra, mientras que Sancho aspira a ventajas económicas.

Hasta aquí, la novela cervantina —estudiada así— viene a ser reflejo fiel de un momento social, pero, como hemos dicho al principio, el estudio que comentamos se ocupa también de la problemática ideológica subyacente y de la postura que Cervantes adopta.

Se aborda, entonces, el tema del honor como «conjunto de normas y obligaciones derivadas de la sangre y el rango: el sometimiento a la ley o estatuto que la propia condición social impone». El honor y la honra que santifican la liberalidad en la riqueza (frente al burgués), que condenan la mentira y la infidelidad a la palabra dada y que obligan a la valentía. Honor que, para el labriego, se traduce en el concepto de cristiano viejo.

Ante esta doctrina, Cervantes no es original. Su literatura refleja una moral erasmista «que no admite más juicios de valor que los de la propia conciencia, ni más dignidad que la que nace de las virtudes personales, el mérito y las buenas obras». El autor del *Quijote* sigue esa ecuación: no es el honor lo que proporciona la virtud, sino que los actos virtuosos dan nobleza.

A través de sus personajes Cervantes critica la «pasión por el medro» que, en una sociedad fosilizada, impregnada de tesis nobiliarias en todos sus estamentos, ha llevado a la idea de que «el no vivir de rentas no es trato de nobles».

En las últimas páginas de su libro, Javier Salazar —siguiendo a Pierre Vilar— interpreta el *Quijote* como «la historia de un engaño, que a través de sucesivas derrotas, desilusiones y fracasos, se transforma en un patético y aleccionador *desengaño*». El engaño del que nuestro autor habla es el que sufren unos personajes en una sociedad ofuscada por la paradoja y la confusión; el desengaño es, a su vez, una victoria: el hombre tiene que conocerse a sí mismo para poder llevar a cabo empresas adecuadas a su propia capacidad. Sólo así se alcanzará concordancia entre las exigencias personales y el mundo exterior.

Las ideas fundamentales que acabamos de resumir están en el libro junto a un valioso conjunto de consideraciones sobre temas básicos en los estudios cervantinos (armas y letras, la

burla, la insula Barataria, la sabiduría natural, los bandoleros, los moriscos...), tratados siempre desde el ángulo de la sociología de la literatura.

No quisiera cerrar esta reseña sin elogiar el magnífico aparato de documentación e ilustración bibliográfica con que el autor corrobora cada una de sus afirmaciones. Destaquemos un brillante estilo, tanto en la redacción, como en la organización general de la obra. Todo ello hace de *El mundo social del «Quijote»* un estudio riguroso y de amenísima lectura.

CARMEN CASTILLO PEÑA